
RECUERDOS HISTORICOS

El viejo Sargento de las dos charreteras

Para el Concurso.

La Historia, con la narración sucesiva de los actos notables ejecutados por los pueblos, es, y ha sido, la enseñanza más intensa de los mismos; la historia de cada uno es la llama viva del sentimiento patrio; la de la región, el archivo de las costumbres típicas de la misma, y la de una agrupación o clase de ella, es, con sus hechos heroicos narrados, con el reflejo de la verdad, el sentimiento y el espíritu de clase, uno de los motivos por los cuales esos hechos deben ser conocidos en toda su amplitud, para ejemplo de dichos organismos, y como guía y verdadera senda a seguir por los que los componen, por el camino que aquéllos nos han trazado.

Allá por el año 1865, ocurrió un suceso notable, que en sí no tenía nada de extraordinario, pero el pueblo español, con ese sentimiento innato, hizo que fuese imperecedero, como monumento viviente de las glorias nacionales, para ejemplo de las generaciones presentes, gloria de las pasadas, estímulo de las futuras y para honra de la clase de Sargentos del Ejército español.

En aquella época sobrevivía un veterano español, inteligente y bravo, pundonoroso y amante del Ejército, cuyo uniforme llevó por espacio de sesenta y un años; ese ancianito era don Hilario Giral Laborda, que, por sus buenas cualidades, abnegación, constancia y virtudes militares, se granjeó el aprecio del Ejército y la estimación del pueblo, que le conocía con el sobrenombre de "El viejo Sargento de las dos charreteras".

A ese Sargento le rindió un público homenaje el pueblo español, por su dilatada carrera militar, intensa en campañas, y se hizo superior a las difíciles circunstancias por que atravesó durante tres reinados, como

dijo públicamente el General Conde de Reus, en el Senado, el 19 de diciembre de 1860.

Este valiente aragonés, el cual seguramente hubiese quedado olvidado a pesar del afecto con que le distinguía el pueblo español de aquella época, si otro compañero, de su mismo Cuerpo en aquel entonces, Sargento don Manuel Cubas, no hubiera dedicado una hermosa necrología a su muerte, y, de la cual, parte ha llegado a mis manos; a más de haber tratado ya una vez el Suboficial Gambón, en estas mismas páginas, de tan heroico Sargento, y por eso, no he podido menos de coger la pluma y ampliar, para que llegue a conocimiento de todos el temple de aquel compañero, que supo sacrificarse por la Patria, por medio de este concurso y en esta revista puramente profesional de la clase sargentil.

Don Hilario Giral nació en Barbastro (Huesca), el 21 de octubre de 1778, siendo sus padres don Juan Antonio Giral y doña Rita Labor-da, humildes labradores, a cuyo lado creció, ocupándose en tan útil profesión, hasta que la Patria le llamó al servicio de las armas para velar por la integridad y defensa de su territorio; ingresó en el Ejército el 6 de agosto de 1803, a la edad de veinticinco años, siendo destinado al Batallón Ligero de Barbastro, acantonado en el Campo de San Roque; formó parte del cordón sanitario de Antequera y Málaga, durante el contagio de 1804, y pasó a la línea del campo de Gibraltar, desempeñando el penoso servicio de escucha, en el bloqueo de la Plaza.

En la expedición hispano-francesa a Portugal, verificada en 1807, probó su aptitud para las fatigas de su profesión, entrando en Oporto con el Ejército aliado en 22 de diciembre, donde continuó de guarnición; pero donde adquirió verdadera gloria fué en la campaña de la independencia española, iniciada por el heroico pueblo madrileño en 1808. Retiradas las tropas españolas a Galicia, se incorporó en los ejércitos de operaciones de la izquierda, tercero y cuarto, sucesivamente, hallándose en la batalla de Ríoseco y acciones de Villalucermes, Sodupe, Bilbao, Fercitas, Zornoza, Durango, Valmaseda y Espinosa de los Monteros, que tuvieron lugar en el mismo año, en las del puente de Pilines, y toma de Villafranca del Bierzo, y batallas de Lugo, Tamames, Medina del Campo y Alba de Tormes, en 1809, concurriendo al siguiente a las acciones de Canta el Gallo y Fuentes de Oñoro, perteneciendo, finalmente, a la guarnición de la Plaza de Olivenza, hasta su rendición.

El 14 de noviembre de 1811 ingresó en el Regimiento Real de Zapadores, en el que permaneció hasta su muerte, querido de todos; en su nuevo Cuerpo formó parte de la guarnición de la Isla de León, y no sólo tomó parte activa en la defensa de Cádiz y San Fernando, distinguiéndose en los combates, sino en las obras de fortificación que se

hicieron en la isla, bajo el fuego enemigo, infatigable y celoso en el cumplimiento de su deber; allí conoció Giral a muchos de los Oficiales y cadetes que asistían a la fortificación, que protegían tan denodadamente las tropas que se nombraban todos los días, y que llegaron a los grados más altos de la milicia, y tuvo la satisfacción de que el afecto que supo inspirarles en tan críticos momentos, se acreciera durante el curso de su vida.

Era tal la honradez y bondad de Giral, que, cuando, andando el tiempo, y siendo ya de bastante edad, le preguntaban si no le causaba envidia ver Generales y Coroneles a los que habían sido camaradas suyos, contestaba con la tranquilidad del hombre modesto y apreciador exacto de las circunstancias: "Nada de eso, porque si han llegado a esa altura, es porque sabían más que yo, y si a ellos les ha dado Dios talento para dirigirme, a mí no me cumple más que obedecer, y darle gracias porque me haya deparado tales Jefes."

Por aquella época llevaba más de diez años de servicio y doce de acciones, y, a pesar de estar premiado con las Cruces de distinción concedidas a los defensores de cuatro Plazas sitiadas, continuaba de soldado raso; pero esto no era exclusiva suya, pues en aquella época guerrera, otros muchos se encontraban en igual caso y sufrieron todas las penalidades de la campaña de Independencia, de lucha encarnizada y sin tregua, sin acordarse que había más recompensas para los valientes que la satisfacción que resulta del cumplimiento de un deber sagrado—como dijo muy juiciosamente el instruido necrólogo de Giral, Sargento Cubas.

Sin embargo, algo notable encontrarían en él sus Jefes, cuando el 10 de octubre de 1813 fué promovido a cabo segundo, y en 4 de enero del siguiente año a cabo primero; terminada la guerra de la Independencia, disfrutando dicho empleo en 1814, pasó de guarnición a Alcalá de Henares, donde permaneció hasta 1822, siendo ascendido en 10 de octubre de 1816 a Sargento segundo, obteniendo un abono de cinco años, tres meses y veintitrés días por razón de doble tiempo de campaña, el premio de seis reales mensuales en aquel año, y el de nueve con posterioridad—por Real Cédula de 20 de junio de 1817—, por su constancia y acreditada honradez; en 1819 le fué concedida otra gracia en atención a las circunstancias especiales que en él concurrían, y fué permitirle se casara, con dispensa del depósito de 10.000 reales que exigía la Ley, con doña María Gracia Láinez, porque en aquel entonces no se permitía casar a los Sargentos.

En 1822 marchó a Calatayud, y de allí a Zaragoza, de donde pasó a Tudela, llegando a tiempo de salvar su guarnición, sitiada por el cabecilla carlista don Santos Ladrón; en Cinco Villas contribuyó a dispersar la partida del Trapense y volvió a Zaragoza, saliendo después para Lérida.

da, a las órdenes del General Espoz y Mina; en 1.º de octubre se halló en el socorro de Cervera, y en 10 del mismo salió para el sitio de Castellfolit, donde estuvo hasta su rendición, regresando en 1.º de noviembre a Cervera.

En diciembre marchó al sitio de Seo de Urgel, hasta que se rindió el castillo, y en el año 1823 se ocupó en las obras de fortificación de Ripoll y Vich; en agosto pasó a Puigcerdá, para perseguir a los facciosos, pasando después a Vich y Barcelona, donde recibió la licencia absoluta en 24 de marzo de 1824, a consecuencia de la caída del régimen constitucional, quedando en situación de impurificado.

Retirado a Alcalá, tuvo que trabajar de zapatero y hortelano para mantener su familia, y, aunque persona inofensiva, se vió perseguido por los fanáticos, hasta el punto de tener que andar huído por los tejados; sus buenos antecedentes y conducta le granjearon el aprecio de su amo, el General Conde Armildez de Toledo, y consiguió con facilidad su vuelta al Ejército, reingresando otra vez como Sargento segundo en su propio regimiento, el 1.º de enero de 1827, siéndole abonado para el servicio el tiempo que permaneció licenciado forzoso; se le concedió el mismo año el premio de 90 reales, ascendió a Sargento primero, y en 1828 se le concedió el premio inmediato de 112,5 reales mensuales, formando parte en 1832 del Ejército de observación de Portugal.

La guerra civil que estalló al expirar el Reinado de Fernando VII, proporcionó a Giral ejercicio de su constante abnegación y patriotismo; se ocupó en 1833 en las obras de fortificación de las murallas de Ciudad Rodrigo (donde estuvo destacado), Burgos y otros puntos de Castilla, y en la persecución de las partidas que se iban levantando, obteniendo el grado de Subteniente y premio de 135 reales mensuales; al año siguiente pasó a formar parte del Ejército del Norte, y se halló en la acción del valle de Camargo y puente de Bernedo; en 1835 se encontró en las operaciones de las provincias Vascongadas, en la acción de Vitoria y la defensa de Maestú.

Llego con mi narración a lo más épico de la gloriosa hazaña del humilde Sargento; he aquí cómo lo relata su necrólogo Cubas: "Hallábase reparando con su compañía, mandada entonces por el que hoy es Teniente General y Jefe Superior del Cuerpo de Ingenieros, don José Luciano Campuzano, esta insignificante fortificación, cuando fué atacado el recinto por el grueso de la facción del célebre caudillo carlista Zumalacárrgui. Compuesta la guarnición únicamente de cuatro compañías del regimiento de Borbón y la de Ingenieros, su situación era más crítica, por hallarse sin víveres y completamente incomunicada con el resto del Ejército; pero esta terrible situación no abatió a aquel puñado de héroes, que resistió sin amilanarse el estrago de artillería y de las minas, que hábil-

mente dirigidas por el enemigo, abrieron pronto anchas brechas, que defendieron bizarramente los defensores de la Reina Isabel II, luchando incluso hasta al arma blanca, para dar tiempo a que llegara en su auxilio el General en Jefe Fernández de Córdoba; así lo hizo éste, llegando con el grueso del Ejército; se asombró al contemplar tanto heroísmo, que mereció al Capitán y Sargento primero de Ingenieros la Cruz Laureada de San Fernando, y al resto de la guarnición y tropa la de primera clase, haciendo que desfilaran todos por delante del Cuerpo de Ejército que mandaba, que, formado en batalla y con las armas presentadas, honraban aquellos hijos ilustres de la madre Patria.

A los pocos días de esto, emprendió la marcha el Ejército para Amezcoa, y el General Fernández de Córdoba regaló al Sargento Giral un caballo cogido al enemigo, concediéndole permiso para usar de él en las marchas, en atención a su avanzada edad, que respetaron y confirmaron todos los demás Generales a cuyas órdenes sirvió en dicho empleo.

Descansando momentáneamente en Guadalajara, volvió al Ejército del Norte, asistiendo a las acciones del paso de Arlabán, el día 16 y 17 de enero de 1836, y batalla de Mendigorriá, a la destrucción del puente de Vidaurreta, el 20 de abril; en la acción que tuvo lugar en las alturas de Zorroza, el día 24 de junio, en cuyo punto combatió por segunda vez en su vida, después de veintiocho años, y en las de Erro, Puente la Reina, Iruta, Zumiani, Zubiri, Urriaga, Bortedo y en las de las líneas atrincheradas de Medina y Bortedo.

Volvió a las obras de fortificación de Burgos, y tomó parte en las luchas de las líneas de Zubiri, Medianas y Bortedo, y de allí pasó al cuartel general de Pancorvo, en 1837; en la campaña de este año, tomó parte en las acciones de Mena, Borcedo y Bortedo, y en la reparación de la carretera de Valmaseda (Santander) para que se salvara la Infantería y Artillería del Ejército, en la persecución del Conde de Negri hasta la dispersión de su partida, y en otras fortificaciones de las provincias de Alava; tanta perseverancia y valor le mereció el grado de Teniente de Infantería, en 4 de abril de 1838, y el premio de 260 reales y un sobresueldo de ocho reales diarios.

Son muchas las acciones en que se encontró Giral, las más notables, Miranda de Ebro, Logroño, Lodosa, Peñacerrada y Arcos, para batir al General Maroto; en las obras de fortificación de Alava, por tercera vez en las de Burgos, en la formación del puente de la Rúa, para la defensa del Ebro; en las acciones de Velascoain y Arromo, pasando después a Vizcaya para fortificar varios puntos, donde estuvo hasta septiembre de 1840, que marchó al Ejército de Aragón, y se ocupó en batir los restos del Ejército carlista, hasta fines de agosto, que regresó a Guadalajara; estando fortificando a Alcorisa, se presentó el General en

jefe de los Ejércitos, Excmo. señor Duque de la Victoria, y al ver a Giral le recordó haberlo visto en la Isla de León, dirigióse a él, y le preguntó por su salud. Le contestó que era muy buena, pero que, con motivo de la nieve que cubría todo el país, se le había acordado algo la vista.

El General le prometió regalarle unas gafas así que fueran a Zaragoza, pero, habiéndolas pedido aquella misma noche, se las mandó a Giral con el mismo postillón que se las llevó, regalo que conservó hasta los últimos días de su vida con religioso cariño, como recuerdo de su querido General.

Posteriormente, pasó al Ejército del Norte, ocupándose en fortificar a Pamplona y otros puntos, y, en 1842, en la reedificación de la Ciudadela de Barcelona y Castillo de Montjuich; en 1843, pasó a Mequinenza para colocar un puente de barcas, a fin de pasar al bajo Aragón, recorrió los vados del Cinca y se encontró en el sitio de Zaragoza hasta su rendición, soportando siempre las fatigas con el ánimo de su juventud, a pesar de tener ya sesenta y cinco años.

Obtuvo el grado de Capitán de Infantería por sus buenos y dilatados servicios y mayor antigüedad en la Orden de San Hermenegildo, que tenía concedida; ascendió a Capitán el 10 de mayo de 1844, siendo ascendido a Sargento Brigada del segundo Batallón, que venía desempeñando—a pesar de no corresponderle—como gracia especial por amor al servicio, desde 1833; desde 1845 al 64, estuvo de guarnición en Madrid y Guadalajara, desempeñando constantemente las funciones de su empleo y distinguiéndose notablemente en los sucesos ocurridos en la corte en 1848, 54 y 56; por los primeros se le concedió la Cruz de Isabel la Católica, por los segundos el empleo de Capitán de Infantería y por los últimos la Cruz de San Fernando de primera clase.

Desde la última citada fecha, a pesar de tener setenta y ocho años, continuó en activo servicio, captándose cada vez más el aprecio de sus Jefes y la admiración y estimación de sus compañeros, y, no obstante haber obtenido el retiro para Madrid, el 31 de diciembre de 1863, continuó visitando diariamente el cuartel de su Cuerpo hasta pocos días antes de su fallecimiento, que, como dije anteriormente, ocurrió el 13 de febrero de 1865, a los ochenta y seis años de edad.

La dilatada carrera del veterano Giral comprendió el bloqueo de Gibraltar, las guerras de Portugal, Independencia y civiles, constantemente en campañas, excepto dos meses, sin que jamás se le concediera licencia temporal, ni baja por enfermedad, a pesar de los achaques contraídos.

La recompensa con que la Patria distinguió sus servicios y campañas, fueron: dos empleos de Capitán y las Cruces de las Reales y Milli-

tares Ordenes de San Hermenegildo y San Fernando (dos de esta última), la de Isabel la Católica, la distinción por la campaña de Portugal e Independencia, sitio de Cádiz, batalla de Villafranca, Bailén, Lugo, Tamames, Arapiles, Medina del Campo, Alba de Tormes, Mendigorría, Peñacerrada y otras.

El día de su muerte, el General jefe de Ingenieros de Madrid dió la siguiente orden: "Al tener conocimiento en el día de ayer del fallecimiento del Capitán de Infantería retirado, Brigada qué fué del Regimiento de su digno mando, don Hilario Giral y Laborda, he tenido un vivo sentimiento, sirviéndome al mismo tiempo de gran satisfacción el saber que, interpretando V. S. el de todos los señores Jefes y Oficiales de ese Regimiento, así como el de las diferentes Clases de tropa, había dispuesto tributar a Giral una muestra del aprecio en que sus Jefes, compañeros y subordinados habían tenido sus buenos y dilatados servicios. Habiéndome cabido la suerte de mandar siendo Capitán del Cuerpo, en la última guerra dinástica, la Compañía en que *Giral era Sargento primero*, puedo apreciar cual es debido los merecimientos de tan benemérito y honradísimo veterano, y, encontrándome hoy al frente del Cuerpo, es para mí muy grato ver la estimación que ha merecido a las diferentes clases de Jefes, Oficiales y tropa del último Regimiento en que ha servido el Sargento primero de la quinta Compañía del segundo Batallón del antiguo del Arma, creyendo firmemente cumplir un deber de justicia, contribuyendo hoy por mi parte a honrar la memoria del que constantemente se distinguió en su modesta y dilatada carrera, por su honradez, subordinación y disciplina. Con este objeto he dispuesto que, haciéndose a Giral las honras fúnebres que V. S. considere oportunas, y adquiriéndose en el cementerio en que sea depositado un nicho a perpetuidad, se sufraguen todos los gastos, según V. S. me ha propuesto, encargándole, al mismo tiempo, se publique esta comunicación en la orden del Cuerpo, para que todas las Clases se enteren de cuánto he apreciado los sentimientos que me ha inspirado el fallecimiento de Giral, en el que deben contemplar las tropas un constante modelo que imitar, y contribuirán de esta suerte, cada uno a porfía, a sostener siempre el alto concepto de lealtad y disciplina y el buen nombre que siempre han tenido las tropas de Ingenieros y, en general, todas las del Ejército."

Sus virtudes militares le captaron el respeto de sus subordinados, la admiración de sus compañeros y el aprecio de sus Jefes, que si en vida le estimaron, en muerte dió España y el Ejército entero el grandioso espectáculo de la recompensa de la honradez en el mundo, haciendo pública ostentación del sentimiento con que acompañaban a la par a aquel resto de nuestras glorias pasadas, y quiso darle la última

prueba del aprecio que hacía de su mérito, disponiendo unos funerales honrosos, pero modestos, como él fué en vida. Madrid vió admirado el fúnebre cortejo que salió de la parroquia de San José, para acompañar a Giral al cementerio de la sacramental de San José y San Lorenzo, compuesto por todos los Jefes y Oficiales del Cuerpo, así activos como retirados, caballeros grandes cruces, gentileshombres de S. M., profesores de S. A. R. el Príncipe de Asturias, Oficiales del Ejército, guardias alabarderos, casi la totalidad de los individuos de tropa de las diferentes secciones del Arma y las músicas de los dos regimientos, siendo más notable la muchedumbre civil del acompañamiento, cuanto que fué espontánea.

Esta fué la vida, notabilísima, del Sargento de las dos charreteras, que yo, también humilde Sargento de época más moderna, quiero glosar desde estas columnas—ya que se dedica expresamente esta Revista a dar a conocer lo bueno que ha tenido la clase—, y que después en las campañas de Cuba siguió en tan loable camino, ruta que no se pierde, pues en Marruecos los Sargentos y Suboficiales han dado un contingente muy hermoso en aras del santo amor a la Patria, prueba evidente de la valía y hombría que encierra dentro de ella tan noble profesión, por la que sacrificamos el bienestar y hacemos de ella un verdadero altar.

Sirva este trabajo de recuerdo para todos aquellos, soldados, clases y Oficiales, que ofrendaron su vida en holocausto de España.

FRANCISCO BLANCO
Sargento de Infantería.

